



INSTRUCCION—MORALIDAD—RECREO.

NUESTROS GRABADOS.

EL PROCESO DE GALILEO
(CUADRO DE M. MULLER).

A M. Biot damos la historia del proceso de Galileo, que ha dado motivo á tantas apocrietas, la mayor parte de ellas absurdas. En nuestros artículos publicados el año 1858 en el *Journal des Savants*, ha relatado M. Biot el proceso del ilustre astrónomo de Pisa, inspirándose en la colección de cartas de Nicolini, embajador del duque de Toscana en Roma, y en la obra de Marini *Galileo et l'Inquisition*.

A pesar de la brevedad de su trabajo, M. Biot ha esclarecido notablemente la historia del proceso de Galileo. En primer lugar, nos habla de las molestias que ocasionaron al sabio innovador sus descubrimientos. Por el sistema que Galileo comunicó en 1613 sus estudios á sus amigos, al igual de los cuales entre ellos Barlemino y Barbino) le dieron prudentes consejos, exhortándole á que se limitase á hablar de sus trabajos como de simples especulaciones matemáticas.

Estos consejos no impidieron que un fraile dominicano denunciase la doctrina del sabio al Santo Oficio, en 1616, no atreviéndose á perseguir al astrónomo, se limitó en un principio á condenar, como contrario á la Sagrada Escritura, un libro de Copérnico publicado sesenta años antes.

Galileo aprovechó el aviso durante algunos días; pero habiendo apercibido al trono pontificio su amigo Barberino (1622) rompió el silencio que habia guardado, y comenzó á escribir una obra en la cual, bajo pretexto de refutar á Copérnico con las doctrinas de la Biblia, exponía elocuentemente sus propias teorías, zahiriendo con agudas burlas á sus adversarios. Esta obra, escrita en forma de diálogos, salió á luz en 1632 con la aprobación de la Santa Sede.

Parece ser, sin embargo, que el encargado de examinar la obra y de darla su aprobación no terminó el trabajo de leerla; que á haberla leído nunca hubiese permitido que se publicara. Saló, como decimos, á la luz el librito de Galileo, y entonces se manifestó bien á las claras el propósito del autor, conocido el cual el Papa se enojó grandemente, y ordenó su prisión, enviándolo su antiguo amigo Barberino á la cárcel de la ciudad.

Un amigo de Galileo, Nicolini, quiso atajar la obra pontificia con palabras de elocuencia, y manifestó al Papa la necesidad del sabio y sus socorros; pero nada consiguió, á no ser la promesa de que Galileo sería tratado con la debida consideración.

Se anciano llegó á Roma se quebrantaron en su favor las antiguas prácticas del Santo Oficio; permitiósele que viviese en casa de un amigo Nicolini. Algun tiempo permaneció, no obstante, en la cárcel de la Inquisición; mas nunca inopinadamente en un calabozo.

Sin embargo, el proceso seguía su curso. El Papa exigió que se condenase su doctrina; Galileo sufrió cuatro interrogatorios, y acerca de este punto es necesario contradecir á la tradición, que pretende que el sabio puso una enérgica resistencia á las pretensiones ortodoxas. Galileo no era, ni mucho menos, un héroe; era un sabio; habia pasado la época de los mártires, y el insignificante opuso á los argumentos teológicos los argumentos de su doctrina: así sutiles y especiosos aquellos, especiosos y sutiles estos en el mismo grado.

Véase cual fué el sistema de defensa seguido por Galileo. En primer lugar, decía, él habia pretendido tan solo defender el sistema de Ptolomeo contra los errores de Copérnico; pero se habia dejado arrastrar por la inclinación natural del que escribe diálogos de hacer hablar á sus personajes con el calor y las sutilezas propias de la opinión que cada uno de ellos sustentaba. Además Galileo prometía absolver á sus diálogos otros dos, en los cuales se proponía manifestar claramente sus intenciones ortodoxas.

Llamado á comparecer ante el tribunal para sufrir otro interrogatorio, Galileo fué detenido—asi nos dice Nicolini,—hasta el siguiente día; lo cual ha dado motivo para que se afirme que fue sometido al tormento; opinión desautorizada completamente.

Al día siguiente de este interrogatorio, fué conducido Galileo á la iglesia de la Minerva para que hiciera su abjuración solemne. Allí declaró y firmó: 1.º que la doctrina que enseña que el sol está colgando en el centro del Universo, y que está inmóvil, es absurda, opuesta á la verdad filosófica y herética; y 2.º, que la doctrina que enseña que la tierra no es el centro del mundo, y que no está inmóvil, es igualmente absurda y errónea en cuanto á la fe.

Galileo no fué maltratado después de su abjuración. Encerrado durante unos cuantos días en la cárcel del Santo Oficio, pidió y obtuvo el permiso de extinguir su condena en la villa Médicis, y más tarde se le permitió vivir con el arzobispo de Siena, que se declaró su amigo suyo.

No parecía sino que el Papa quería hacer olvidar á fuerza de dulzura y benevolencia, su absurda conducta al perseguir al sabio.

Como se ve, el proceso de Galileo, reducido á sus verdaderas proporciones, cambia de aspecto y ya sostiene esa color sombrío y melodramático de las escenas secretas de la Inquisición. Verdad es que ya habia pasado la Edad Media, y no era posible rescatarla.

El proceso de Galileo se sustanció públicamente, sin violencia material, sin torturas físicas, y presentado bajo su forma real, antes parece propio para excitar la risa que para mover á indignación: el proceso de Galileo fué el estertor imponente y último de la credulidad intolerante contra la ciencia.

En cuanto á la famosa frase *E pur si muove* (Y, sin embargo, se mueve) atribuida á Galileo, fuerza es confesar que este no la pronunció jamás. Ningun autor contemporáneo hace mención de ella, y es preciso relegarla á la numerosa colección de frases llamadas impropriadamente *listó ricas*, que, sin ser exactas, son más verdaderas que la verdad misma; porque resúmen y compendian admirablemente los sentimientos de un individuo. Frases son esas que, si no han sido pronunciadas, se pueden asegurar que no han sido pensadas; y el *E pur si muove* vivirá eternamente como respuesta victoriosa de la ciencia á los que pretenden ahogar su voz.

El cuadro de Muller, que reproduce nuestro grabado de hoy, representa á Galileo en el momento en que los delegados del Papa le comunican la orden de comparecer ante el Santo Oficio.

EL DIAMANTE. (1)

Conclusiones IX.

Aplicaciones.

Las aplicaciones del diamante son reducidas; pero importante la principal de ellas que es su fuerza para objetos de lujo, pues en ella se hace del muy gran aprecio, el cual se le concede no sólo por la escasez con que se encuentra, sino por la condición de ser tallado convenientemente, la materia más hermosa y más inalterable en el uso á que se destina.

Algo debe citarse de historia del tiempo del diamante. El primero de cuyo uso se tiene noticia es el que entre otras 11 piedras representaba una de las 12 tribus (la de Zabulon) en el peitoral de Aarón (hace unos 3.500 años). Dice la historia que el diamante que llevaba el dicho sacerdote de los hebreos se ponía oscuro, y negro cuando merecían la muerte por sus pecados, y entonces parecía sangriento; pero cuando estaban limpias las conciencias brillaba con una fuerza extraordinaria, lo que no se atribuía al diamante sino al poder de Dios.

Los hijos ó señores, entre los fenicios, usaban el diamante como distintivo.

Según la historia le usaban también griegos y romanos. En las alhajas de Pompeyo el Magno, que fueron de Mitridates, figuraba hierro, oro, y cuatro respaldaderas de pedrería del Rey Darío, diadema y funda de espada con diamantes.

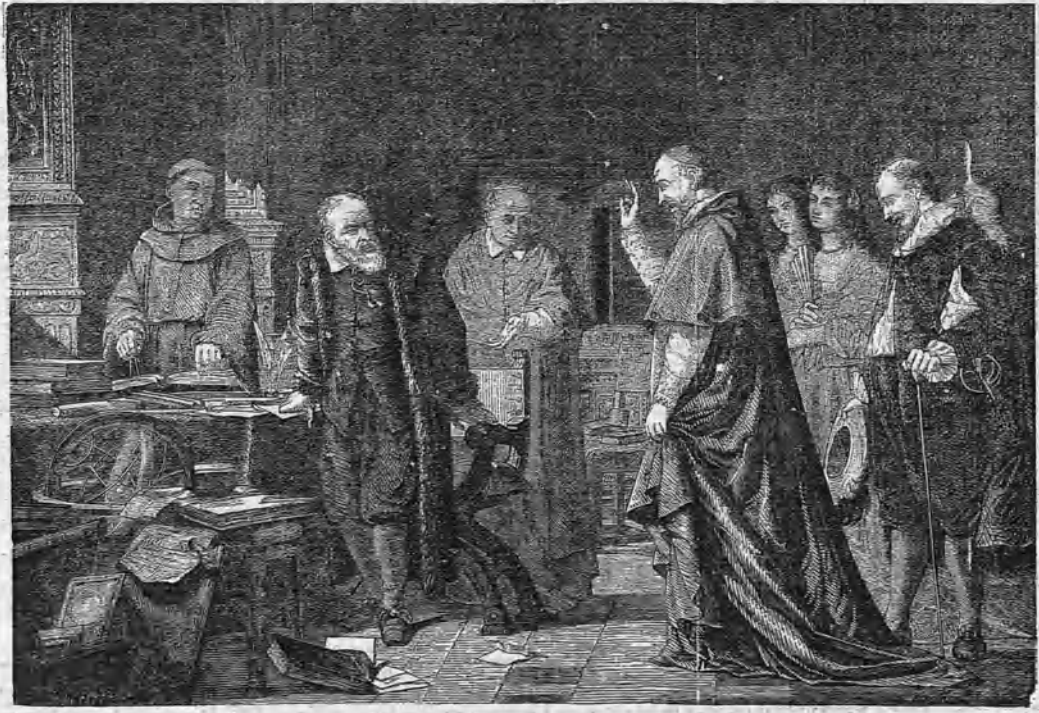
Según Plinio la mujeres romanas más modestas y menos afectadas no se atrevían á salir sin diamantes, lo mismo que un conde sin las insignias de su dignidad. Yo he visto, añade, á Lollia Paulina, mujer del Emperador Calígula, sus después de su marido, y no para ostentar alguna ceremonia ó función de gran lucimiento, sino para una simple visita, que no habia ninguna parte en su cuerpo que no respaldara. La cuenta, que ella misma procuraba manifestar, ascendía á cuarenta mil aseteros, ó un millón de oro, sin que se pudiese atribuir á regalos del príncipe ó que fuesen alhajas del imperio, pues eran de su casa, y parte de las cosas de su tío Marco Lollio.

Los Emperadores romanos cargaron sus calzados de muchos diamantes y joyas, y no tardaron ellos la figura de un águila guardada de piedras y diamantes.

Esta profesión de pedrería se reprodujo en los petos de las damas de las cortes europeas en el siglo xviii.

Han existido y existen grandes riquezas en alhajas con diamantes en poder de los soberanos. Merecen citarse la del despota de Persia Runderjetsing, que además del rubí que ostentaba en el pomo de su silla de montar, llevaba diamantes en los arzones de su caballo por valor de 75 millones. El Tesoro persa, enriquecido por las conquistas de la India, se estimó en 12 millones 500.000, por Bernier.

Existe gran riqueza entre la aristocracia del



El proceso de Galileo (Cuadro de M. Muller).

Quando el ilustr.

(1) Véase nuestro número de ayer.

